

UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas, y las portadas del Speronare.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

WELLINGTON.

Arthur Wellesley, cuarto hijo del vizconde Wellesley, conde de Mornigton, nació en 4.º de mayo de 1769, año del nacimiento de Napoleón, en el castillo de Dungan, en Irlanda, domicilio de sus mayores. Después de haber permanecido un corto tiempo en Eton, fué trasladado, siendo aun muy joven, á la academia militar de Angers, en Francia, porque en aquel tiempo no había en la Gran Bretaña ningún establecimiento donde se enseñase la táctica, y la juventud que quería seguir la profesion militar, se veía obligada á ir á Francia para aprender los elementos de la guerra.

Obtuvo su primer empleo á la edad de diez y ocho años en el regimiento número 4.º, y después de una serie de promociones, su hermano mayor, que luego fué marqués de Wellesley, le compró la tenencia-coronela del regimiento 33. En el año de 1793, cuando la desastrosa retirada de Holanda, se portó de manera que mereció los elogios de todos los militares. En 1795, se embarcó para servir en las Indias Occidentales; pero arrojado por las tormentas cambió de destino, y obligado á entrar en el puerto, recibió orden de ir á levantar reclutas á Irlanda, evitando de este modo la suerte que sufrieron algunos de sus compañeros. En 1797 salió para la India con su hermano el lord Mornington, entonces gobernador general, y allí se distinguió en la guerra contra Typoo-Saeb. Nombrado gobernador de Seringapatán, después de la toma de esta ciudad, y uno de los comisionados para arreglar los territorios conquistados, desempeñó sus áridas obligaciones de manera que mereció y consiguió la gratitud del pueblo conquistado. En la guerra que se siguió contra los mahrattas, mandó la batalla de Assya contra un ejército tan superior en número, que había diez contrarios para cada uno de los suyos, y á pesar de estar dirigidos por oficiales franceses, fueron vencidos, siendo esta accion una de las mas encarnizadas que se habían dado hasta entonces en la India. El enemigo tenía cien piezas de artillería, y todas fueron tomadas á la bayoneta por las tropas inglesas, á costa de infinidad de cadáveres. La victoria fué decisiva, y al concluirse esta gloriosa guerra, se erigió en Calcuta un monumento en honor de esta batalla y del vencedor. Los habitantes de esta ciudad le regalaron una espada, y el Parlamento le decretó las gracias y le nombró caballero de la orden del Baño.

En 1805 volvió Arthur Wellesley á Inglaterra, y tomó asiento al año siguiente en la Cámara de los Comunes como diputado de Newport en la isla de Wyght. En 1807 fué nombrado primer secretario de Irlanda; pero bien presto se necesitaron sus servicios militares. Acompañó al lord Cathcart en la expedición contra Copenhague, donde mandó la única accion importante que hubo. Mas era llegada la época en que debía esperarse en mas áridas empresas, aunque su reputacion militar era ya tal, y sus talentos

tan conocidos, que cuando se le confió el mando de la expedición destinada á la península española, la opinion del ejército y del pueblo convinieron enteramente con la eleccion que había hecho el gobierno.

En 12 de julio de 1808, se hizo á la vela Arthur Wellesley en Cork, con diez mil hombres, y al llegar al frente de la Coruña, entró con una fragata en su puerto para cerciorarse del estado de la península, y saber de la junta de Galicia en qué punto serian mas oportunos sus socorros. Informóle aquella corporacion de que los franceses, dueños del paso del Duero, impedían las comunicaciones con el Portugal, que las fuerzas francesas que ocupaban este reino ascenderian como á unos quince mil hombres, de los cuales doce mil se hallaban acantonados en Lisboa y sus inmediaciones; que las tropas portuguesas de Oporto subían á diez mil, las cuales podrian ser reforzadas con un cuerpo considerable de españoles, y concluyó manifestándole que en Galicia no se necesitaban hombres, sino armas, municiones y dinero, y recomendándole que emplease sus fuerzas contra el enemigo en Portugal, proporcionando de este modo á los españoles el que pudiesen emplear todas las suyas en arrojar á los franceses de la península.

En efecto, Arthur Wellesley hizo su desembarco en Portugal, y cooperando de un modo activo á la famosa victoria de Vimieiro, sin tener parte en las debilidades de la capitulacion de Cintra, fué mirado por los portugueses como el salvador de aquella nacion.

Vuelto á Inglaterra permaneció allí muchos meses durante el proceso que se formó al general Dalrimple, con motivo de la capitulacion de Cintra, que escitó en aquel país una indignacion universal.

A principios de 1809 volvió Wellington á Portugal para tomar el mando en jefe, y desembarcó en Lisboa en 29 de abril con nuevas tropas, y marchando contra las del mariscal Soult, que habían invadido el Portugal, las forzó á retirarse de aquel reino, aunque no sacó de las ventajas que obtuvo sobre ellas todo el fruto que era de esperar, pues no pasó de las fronteras de España, ni cooperó con los habitantes del reino de Galicia contra el enemigo.

Reunido después con el ejército español del general Cuesta en Estremadura, dió Wellington en 26 de julio la célebre batalla de Talavera de la Reina, la mas sangrienta sin disputa de cuantas ocurrieron durante esta guerra. Entusiasmada la Inglaterra con la victoria conseguida por su general, las dos cámaras votaron, á pesar de la oposicion, una accion de gracias á sir Arthur Wellesley, y una renta de dos mil libras esterlinas. El rey le elevó á la dignidad de par, con el título de lord vizconde de Wellington, y la Junta Central le ofreció el grado de capitán general de los ejércitos españoles, que rechazó. Mas no sacó tampoco fruto alguno de tan brillante victoria, pues á pocos dias los sucesos de la guerra de Alemania y algunas pequeñas contestaciones entre Wellington y el general Cuesta, hicieron que el ejército inglés se retirase á Portugal, en donde permaneció pasivo hasta que en abril de 1810, verificó Massena su invasion en aquel reino, principiándola con los sitios de Ciudad-Rodrigo y Almeida, y apoderándose de la primera en 16 de julio, sin que lord Wellington, que ocupaba una fuerte posicion sobre el Coa, hiciese el menor esfuerzo para socorrer á los españoles. Después de tomada igualmente Almeida, lord Wellington, tomando por modelo la prudente conducta del antiguo general romano, Quinto Fabio Máximo, se replegó á las líneas inexpugnables de Torres-Vedras, destruyendo en su retirada cuantos re-

curios pudiesen servir al ejército invasor. Seis meses permaneció inmóvil Massena á la vista de estas líneas, hasta que sin esperanza de poder vencer en ellas al ejército inglés, y sostenerse en un país enteramente sublevado, y en vista de la horrorosa miseria que padecía su ejército, y de irse acrecentando cada día mas los peligros de su posicion, emprendió su retirada, logrando entrar en España. La defensa de las líneas de Torres-Vedras y retirada de Massena, valieron al lord Wellington otra accion de gracias del Parlamento, y el título de marqués de Torres-Vedras.

Habiéndose apoderado de Almeida en 3 de mayo de 1811, pasó el Agueda, presentó la batalla al enemigo, y en la noche del 4 al 5, se dió la batalla de Fuentes de Oñoro. En junio puso sitio á Badajoz, y en setiembre del mismo año empezó á preparar el ataque de Ciudad-Rodrigo, de que se apoderó gloriosamente en 12 de febrero de 1812. Entonces la regencia le nombró grande de España de primera clase, con el título de duque de Ciudad-Rodrigo, y el príncipe regente de Inglaterra le hizo conde, concediéndole la cámara una nueva pension de dos mil libras esterlinas.

Lord Wellington emprendió en seguida por segunda vez el sitio de Badajoz, y logró tomar esta plaza por asalto; penetró después en Castilla, hizo evacuar á los franceses á Salamanca, y tomando posiciones cerca de los Arapiles, derrotó completamente al ejército de Marmont el día 23 de julio, y persiguió al enemigo hasta Valladolid, y desde allí, repasando el Duero, marchó sobre la capital de España, en donde entró triunfante en medio de las aclamaciones del pueblo. El Parlamento británico le decretó nuevas acciones de gracias, le confirió el título de marqués, y la Cámara de los Comunes votó cien mil libras esterlinas para formarle un patrimonio.

Desde Madrid partió inmediatamente con direccion á Burgos, de cuyo castillo se apoderó con tanto arrojo, que lo atacó y tomó sin artillería, y sin oponer al enemigo mas que los pechos y las bayonetas.

Perseguido por los ejércitos de Soult y de Clausel, se retiró sobre Salamanca.

Habiéndose encargado de las riendas del gobierno el príncipe regente de Inglaterra, el primer uso que hizo de su nuevo poder fué nombrar á lord Wellington marqués del Reino-Unido, y el Parlamento por unanimidad le votó una gratificacion de cien mil libras esterlinas.

En Portugal se le había hecho ya conde de Vimieira y marqués de Torres-Vedras, cuando el príncipe regente del Brasil le nombró duque de la Victoria.

Para concluir la libertad de la península, lord Wellington se trasladó á Cádiz en enero de 1813, para tratar en persona con la regencia de España acerca del particular. Esta le confirió el mando en jefe de todos los ejércitos españoles, y Wellington marchó inmediatamente á ponerse al frente de su ejército para continuar sus operaciones contra los franceses, que se hallaban situados detrás del Duero, y haciéndolos replegar sobre Vitoria, ganó en las inmediaciones de esta ciudad la celebre batalla de su nombre.

Lord Wellington fué recompensado por este nuevo triunfo con el grado elevado y pocas veces concedido en Inglaterra, de feld-mariscal, recibiendo una carta de la propia mano del príncipe regente, concebida en los términos mas afectuosos.

El Parlamento votó nuevas acciones de gracias, y las Cortes de España le concedieron por un decreto especial el señorío del Soto de Roma, situado en Granada.

En el mes de julio de 1813 hizo comenzar

los sitios de Pamplona y de San Sebastian, y el día 7 de octubre pasó el Bidasoa, se apoderó del Monte de Orrun, de las posiciones de la Nive y de la Nivette, y se aproximó á Bayona en diciembre, después de derrotar al general Soult, que quiso impedirle el paso.

Los dos ejércitos no hicieron en cerca de dos

meses mas que observarse, hasta que en 27 de febrero de 1814, el de Soult se vió obligado á abandonar á Bayona, y arrollado después por el lord Wellington, adelantó este sus tropas hasta la ciudad de Burdeos, en donde entraron el día 12 de marzo.

Wellington persiguió al mariscal Soult, que

se habia retirado á Tolosa, donde se fortificaba para defender el paso del Garona, y el 10 de abril, después de una batalla que se disputó largo tiempo, y en la que los ingleses hicieron prodigios de valor, entraron estos en Tolosa, que acababa de ser evacuada por las tropas francesas.

Al día siguiente se firmó un armisticio que



Lord Wellington.

fué bien pronto seguido por el tratado de paz que puso fin á tan sangrienta y larga lucha.

En 3 de mayo recibió Wellington del príncipe regente de Inglaterra la última recompensa que su soberano podía concederle, nombrándolo-

le marqués del Duero y duque de Wellington, y en 12 del mismo mes, la Cámara de los Comunes, en consecuencia de un mensaje del príncipe regente, votó en su favor una suma de cuatrocientas mil libras esterlinas, que

debían ser empleadas en compras de fincas.

En 23 de junio volvió á Londres, después de una ausencia de cinco años, empleados en continuos triunfos, recibiendo otra vez las felicitaciones unánimes de las Cámaras, las que por me-

dio de una diputación de la de los Comunes, que llevó á su residencia un mensaje de aquella asamblea, le manifestaron el deseo que tenían de felicitarle en su persona, y en su consecuencia se presentó á ellas el 4.º de julio. Los representantes de la nación inglesa se levantaron para recibirle, y después de haber dado aplausos inauditos al libertador de la península, oyeron sus felicitaciones, respondiendo á ellas en nombre de la Cámara Mr. Abbot, su orador.

En 15 de junio, Wellington fué nombrado embajador extraordinario y ministro plenipotenciario cerca de la corte de Francia, y en seguida fué enviado como representante de la Inglaterra al congreso de Viena, en cuya corte se hallaba cuando Bonaparte se escapó de la isla de Elba.

Nombrado por los soberanos aliados generalísimo de los ejércitos combinados, estableció su cuartel general en Bruselas, y después de un combate sangriento, aunque poco decisivo, dado el 16 de junio en Cuatro-Brazos, por el mariscal Ney y las tropas belgas á las órdenes del príncipe de Orange, reforzadas con algunos regimientos ingleses, se trabó al día siguiente en las inmediaciones de Waterloo, á tres leguas de Bruselas, la batalla mas disputada, mas sangrienta y mas fecunda en resultados de los tiempos modernos, conocida con los nombres del Monte de San Juan, de la Bella Alianza ó de Waterloo.

Después de esta decisiva y célebre victoria, el duque de Wellington y el feld-mariscal prusiano, Blücher, siguieron el alcance del ejército francés hasta las murallas de París. El enemigo se replegó detrás del Loira, y los Borbones fueron por segunda vez restablecidos en el trono de Francia, en 14 de julio.

Lord Wellington recibió de su patria nuevos testimonios de gratitud, y las dos Cámaras votaron, además de las gracias, una suma de doscientas mil libras esterlinas. Todos los soberanos de Europa se apresuraron á condecorarle con sus órdenes respectivas, y á conferirle dignidades. El emperador Alejandro, al remitirle las insignias de la orden de Santa Ana de primera clase, le hizo un regalo del valor de un millón de francos.

El rey de los Países-Bajos le elevó á la dignidad de príncipe de Waterloo, transmisible á sus descendientes varones, con la dotación de veinte mil florines de Holanda, impuesta sobre los bienes del patrimonio situado entre Nivelles y los Cuatro-Brazos, en donde se había dado la batalla.

Hasta aquí la carrera militar de Wellington. Intervino en el tratado de 20 de noviembre del año de 1815, y se le confirió el mando en jefe de las tropas aliadas que debían ocupar parte del territorio francés, en virtud del mismo.

En 1818 asistió al congreso de Aix-la-Chapelle, en que se acordó la evacuación de Francia por los ejércitos de ocupación, en cuya ocasión los soberanos aliados le hicieron dar una guardia de honor como á un príncipe de la sangre. El emperador de Austria le regaló una espada guarnecida de diamantes; el de Rusia le dió gracias por el cuidado que había tenido con las tropas rusas en el tiempo que habían estado á sus órdenes, creándole feld-mariscal de Rusia, y enviándole de regalo el uniforme que el mismo emperador había llevado el día antes, con una espada magnífica.

El duque de Wellington es, sin disputa, uno de los hombres mas grandes de su siglo; severo en cuanto á la disciplina militar, reunió á una previsión extraordinaria una serenidad y sangre fría inalterable y una calma intrépida, y sus talentos militares han sido justificados por sus victorias. Siempre fiel y adicto á la causa de los tronos, se le ha visto emplear en los últimos años que ha ocupado el ministerio, todas sus luces y talentos en la conservación de tan sagrado objeto.

Además de las brillantes recompensas de que ya hemos hecho mérito, su patria ha levantado suntuosos monumentos á sus glorias, siendo uno de ellos el puente de Waterloo, que es de los mas principales ornamentos de la capital.

Lord Wellington tuvo dos hijos de su matrimonio con miss Pachkenham, y el mayor, nacido en 1807, lleva el título de marqués del Duero.

Lord Wellington fué durante toda su vida el ídolo de los ingleses. Murió en Walmer-Castle,

donde residía momentáneamente de lord guarda de las Cinco puertas. Al punto se espidió un despacho para anunciar el suceso á la reina y al príncipe Alberto, que se encontraban actualmente en Escocia. Lord Wellington murió á la edad de ochenta y tres años. La Inglaterra celebró por su muerte funerales magníficos dignos de un rey.

De cuantos plenipotenciarios intervinieron en el famoso tratado de Viena que alteró la organización de la Europa, solo vive hoy el príncipe de Metternich.

LA GIMNASTICA ANTIGUA Y MODERNA.

Caminaban juntos un buey y un camello, conducidos los dos por un hombre que era su amo. El buey, cargado en demasía, al ver al camello caminar con ligero paso, le rogó que le aliviase en parte de su carga. El camello rehusó diciéndole:

—Cada cual aguante su peso.

—¡Torpe egoísta replicó el buey; tú llevarás, no solamente la mitad de mi carga, sino mi carga entera, y además á mi encima.

En efecto, á la mañana siguiente, habiendo sucumbido de cansancio el buey, el hombre colocó su cuerpo y su carga sobre las espaldas del camello.

El gran Plutarco, autor de este apólogo, ha explicado así la salud del alma y del cuerpo. El alma es el camello: el buey es el cuerpo. Si la primera rehúsa prestarse á las necesidades del segundo, es víctima y pierde su propia libertad bajo un doble peso, llevando á la vez el cuerpo estenuado, y su dolor y fatiga. De donde concluye y deduce con prudencia y sabiduría Plutarco, que debemos ejercitar al mismo tiempo nuestro cuerpo y nuestra alma, y conducirlos de concierto como dos caballos de un mismo carruaje.

Tal es el principio y el origen de todos los ejercicios conocidos y refundidos bajo el nombre de *gimnástica*.

¿Es posible, en efecto, examinar la admirable máquina humana, sin reconocer que está construida para el movimiento y la acción, los que además son la ley de la naturaleza entera, desde los astros que ruedan en el cielo, hasta las hormigas que horadan el suelo de la tierra?

Como la vida en el hombre es doble, corporal y espiritual, física y moral; como no nos apliquemos la parábola de Plutarco; como las dos naturalezas que forman este dualismo, y que tan profundamente distintas son en sus atributos, están tan íntimamente unidas, sin embargo, á toda acción, y la una obra sobre la otra; como admitiendo que el espíritu es el principio del cuerpo, es imposible negar la influencia recíproca del cuerpo sobre el espíritu, siguese de aquí que el ejercicio corporal conserva inmediatamente al hombre todo entero, alma y cuerpo, materia y espíritu.

Pasando de aquí es fácil comprender que este ejercicio, aplicado racionalmente, constituye un arte que es la gimnástica, y este arte, seriamente desarrollado, toca á la educación física, intelectual y moral del hombre, á la conservación de la salud, á la curación de un gran número de enfermedades, y á la perfección del individuo y de la raza.

La gimnástica era entre los antiguos la mitad de la educación privada y pública. La *palestra* (lucha) era la escuela normal del movimiento. Allí se formaban y ejercitaban en todos los ejercicios del cuerpo por estudios de fuerza, de ligereza y de agilidad. La gimnasia militar comprendía el salto, el ataque, la lucha, el dardo, el pugilato y la carrera á pie, á caballo y en carro. Los tebanos debieron la victoria de Leuctres á su superioridad en la lucha. Sabido es la pompa que se desplegaba en los juegos públicos, donde concurrían todos los discípulos de la palestra.

La gimnasia medicinal se remonta al mismo rey de la medicina, al célebre Hipócrates. Iba acompañada de baños, de lociones y de fatigas de todas clases.

La gimnasia atlética tenía por objeto preparar y disponer á los atletas á los variados combates del Circo. Estos atletas eran cantados por

los poetas, y glorificados en los archivos de las inscripciones históricas. Elegidos entre las familias libres y honradas, educados bajo la dirección de un magistrado, prestaban juramento, combatían desnudos, servían de modelo á los héroes y á los guerreros; recibían en premio coronas de pino, de laurel ó de olivo, armas, vestidos, alhajas de plata, caballos ó esclavos. Se veían llenos de flores y de presentes en el anfiteatro, y volvían sobre un carro triunfal, escoltados por las poblaciones, atravesando una brecha abierta en las murallas de sus ciudades natales. Theseo, Hércules, Laocoonte, etc., no eran mas que atletas; Milon de Crotona fué uno de los mas célebres. Mataba de un puñetazo un buey; pero no se le comía en su mesa, como se ha dicho, porque como todos sus iguales, mantenía su fuerza por la sobriedad y la templanza, virtudes de los atletas, á las que San Pablo ha hecho alta justicia. Famosos monumentos nos han conservado el recuerdo de los atletas de la antigüedad griega.

Las luchas antiguas se dividían en tres especies: se luchaba á pie, cuerpo á cuerpo, á ver quien se derribaba en tierra: ó de pie también, con los codos, las espaldas y las manos, á ver quien arrojaba á su adversario hasta el fin del estadio: ó tendidos rodando sobre la arena hasta que el vencido demandaba gracia. En Esparta y en Chio, los hombres y las mugeres luchaban juntos. Todavía se ven en la baja Bretaña luchas que recuerdan las de los griegos y romanos. Los juegos públicos eran el segundo pan de estas dos naciones: *Panen et circenses*. Ocupaba, como el negocio mas grave, á sus reyes, sus magistrados y sus emperadores. Tienen un lugar de gran consideración en las obras de sus historiadores. Formaban una porción capital del punto religioso, y los mas grandes sucesos eran en ellos amenizados ó solemnizados con una pompa extraordinaria.

En la edad media, en el renacimiento y en el antiguo régimen, la gimnasia se componía de torneos, de carreras, de juegos de sortija, de bailes, y de todos los ejercicios de á caballo, de armas, etc.

La invención de la pólvora primero, y después las revoluciones sucesivas, han ido suprimiendo casi todas estas costumbres, dejando una laguna muy perjudicial en la educación y en la higiene; laguna que está representada con un triste papel en la debilidad y en la desmejora de la generación actual. Hace mas de cien años que en Francia y en España los ejercicios del cuerpo han quedado abandonados á los trabajadores y á los aldeanos. Salvo alguna escepción, un poco de natación, de esgrima y de caza, la inmovilidad física ha sido la ley de las clases aristocráticas, de la clase media y de la clase liberal é inteligente. Y estas justamente tienen mas necesidad de moverse para que su estómago pueda trabajar, y á esas mismas á quienes perteneció en otro tiempo el privilegio de la guerra, de la caza, de la educación de la esgrima, del juego de pelota, etc., etc.

Dios sabe que las señoras de sus casas notan cuán raras van siendo, y con qué dificultad se encuentran personas que bailen en los salones mas acreditados y mas concurridos por la juventud.

Los juegos de la pelota, de la barra, del trompo, del salto de carnero, de *la una le daba la mula*, de la cuerda, del milano, etc., que dieron á nuestros padres el vigor y la fuerza, los dejamos perder insensiblemente.

Así, pues, ¡cuántos hombres de nuestra época han llegado á la conclusión del apólogo de Plutarco! Cada cual, en verdad, echando una mirada en torno de sí, puede ver la multitud de enfermos que le rodean, enfermos que van, que vienen, que trabajan; enfermos resignados, ó mas bien desanimados, que han llegado á decirse: padezcamos lo que no podemos impedir; enfermos que han aceptado su enfermedad como cosa natural, como un estado normal; enfermos que, sin embargo de estarlo, les parece mentira ó sueño su estado. Todos los conocemos, hombres de oficina, hombres de trabajo, artistas, escritores, víctimas tristes de ese veneno que se llama la inmovilidad, empobrecidos diariamente por una acción enervante, por el dolor ficticio, por el aire viciado, por las sobreexcitaciones

del cerebro: todos los conocemos, sabemos que *están buenos*, salvo sus neuralgias, salvo sus gastritis, salvo sus enteritis, salvo sus bronquitis, salvo las mil y una miserias crónicas que los atormentan. ¡Están buenos! y en efecto. ¿Por qué hablar siempre de sus males, que están encarnados en su vida, y para los que no conocen remedio? ¡Están buenos! Escriben, abogan en los tribunales, componen, manejan los instrumentos músicos, el buril y el pincel, luego están buenos. No es así en verdad como están buenos los hombres del campo. Nuestros aldeanos cuando están buenos no están malos; pero nuestros aldeanos tienen aire, movimiento; nuestros aldeanos respiran; nuestros aldeanos se sirven de los músculos que Dios les ha dado. En Madrid y en las grandes poblaciones, *estar bueno* quiere decir estar fuera de la cama. La buena salud consiste en mantenerse de pie sobre sus piernas.

Por eso ha entrado en nuestros tiempos modernos como una parte de la educación, la gimnasia, cuyas lecciones se dan en los colegios, habiéndose establecido por lo mismo en algunos regimientos en España, y muy particularmente en la escuela de ingenieros de Guadalajara; pero aún se halla muy lejos de hallarse establecida la gimnástica hasta el punto en que debe estarlo para que produzca los buenos y saludables efectos que produjo en nuestros antepasados. Siendo el principal beneficio debido al movimiento el desarrollo que con él adquieren los músculos, el preservar de la degradación la raza humana, y dotar á la sociedad de hombres fuertes y robustos, al contrario de lo que tan frecuentemente vemos por desgracia en nuestros tiempos.

LA VISPERA DE SAN JUAN.

Se ha dicho con razón que la Francia encierra en su seno bellezas que no son menos notables ni menos variadas que las de cualquier otro país de Europa, é indudablemente les supera. Sin hablar de la hermosa provincia de Normandía, de la fértil Turena, de la original Bretaña, de la pintoresca Auvernia y de la Provenza, que ofrece una semejanza tan pronunciada con la Italia; ¿no tiene también su Suiza, las mismas crestas ó picos, sus Alpes y demás curiosidades tan admirables y tan sublimes como pueden serlo las de sus vecinos ultramontanos? En cuanto á mí, yo las prefiero porque son francesas, y me acontece muchas veces que los tomo por objeto de mis correrías. ¡Cuántos ricos recuerdos que los debo! ¡Qué dulces paseos y encantadoras imágenes que me traen á la memoria! ¡Cuántas suaves é interesantes tradiciones he recogido en medio de sus ruinas elocuentes, en todas aquellas rústicas habitaciones que parece se pierden unas veces en el seno de las montañas, y otras aparecen suspendidas en sus flancos y elevadas en sus crestas.

En el verano de 1830 crucé por las magestuosas gargantas del Delfinado, recorrí aquel departamento de los Alpes inferiores, que es tan curioso como poco conocido, y que está erizado de montes y de rocas, y cortado en todas direcciones por un número prodigioso de ríos y de torrentes, é hice alto en la pequeña ciudad de Castellane, situada deliciosamente á la falda de la alta montaña de su mismo nombre, en el risueño valle del Verdon, frente á los agudos picos del collado de San Miguel.

Visitando en una de estas escursiones las ruinas del castillo de los antiguos barones de Castellane, que se hallan sobre la cúspide de la montaña, en el mismo sitio en que estuvo construida en otro tiempo la ciudad de aquel nombre, mi guía, que era un hombre perfectamente instruido en la antigua crónica de aquel país, me dijo que el último de estos barones, por haber despreciado, á imitación de sus predecesores, la autoridad de los condes de Provenza, y por no haber querido rendir homenaje sino á los emperadores, se había visto precisado á tomar las armas contra Carlos de Anjou, y que en castigo de su rebeldía le había sido cortada la cabeza en la plaza de Marsella en 1247, desde cuyo tiempo la ciudad fué agregada al dominio

del condado, y los habitantes abandonaron en el año 1260 aquella montaña, para irse al fértil valle que se halla á sus pies.

Después de esta pequeña instrucción preliminar, mi cicerone, que ya había tomado la vena charlera, principió la serie de las digresiones históricas y de la relación de varias anécdotas relativas al carácter orgulloso y cruel del último señor de Castellane. Dirija vd. la vista, me decía, hacia allá arriba á ese lienzo derruido de la gran muralla, frente al castillo. ¿No ve vd. una ventana angosta y sombría que da vista á la ciudad? Pues bien, por esa ventana entraba la luz en el aposento de una de las víctimas del barón, de la pobre Rosa de Castellane, su desgraciada hermana, que se conoce todavía en la tradición actual del país con el nombre de la Novia de la muerte.

Al escribir esta simple leyenda de los pasados siglos, no es posible conservar todos los encantos y bellezas. Es una de aquellas historias, que referidas por la noche en las cocinas á la opaca luz del vergonzante candil, escitan vivísimas impresiones en la ardiente imaginación de las gentes del Mediodía, y que si se someten á las formas precisas y severas de la esposición literaria, pierden la mayor parte de su gracia. Siendo tan ligeras y fantásticas como los mismos espíritus aéreos, necesitan de una atmósfera vaporosa y de fijar su punto de vista á alguna distancia. Cuando quiere uno observarlas indiscretamente desde muy cerca, y trata de apoderarse de ellas, todo se pierde entonces, caen las alas, se desvanece la visión y desaparece la leyenda.

Así, pues, si me decido á escribir la crónica del castillo de Castellane, no es sino con la mayor timidez y desconfianza.

En tiempo del barón Alfonso, era el referido castillo una de las fortalezas mas importantes de la Provenza. La ventaja de su situación en el centro del condado, lo agradable de su mansión, y finalmente, el poder de su dueño, lo había constituido en punto de reunión de toda la nobleza del país. En su recinto se celebraban las fiestas mas espléndidas y las justas mas numerosas y de mayor fama. Allí era donde tenía sus sesiones en ciertos días determinados, bajo la alta presidencia de la castellana, ó lo que es lo mismo, de la señora del castillo, una corte permanente de amor, cuyas decisiones tenían por todo el condado una autoridad incontrastable.

El barón Alfonso y su madre, que eran sumamente vanos y orgullosos, desplegaban en todas sus funciones un fausto verdaderamente regio. No se hablaba mas que de su riqueza y de su magnificencia; así es que cuando se divulgó la voz de que la baronesa de Castellane trataba de casar á su ilustre hijo, las mas nobles familias de la Provenza solicitaron con el mayor empeño el honor de esa alianza. Cien beldades se disputaron el corazón del altivo Alfonso. Se proclamó por último, solemnemente, su elección, que recayó en la hermosa Ermengarda, emparentada con la poderosa casa de los reyes de Aragón, y se anunció que en el término de tres meses se celebrarían las bodas en la capilla de aquel castillo.

Tan solo habían trascurrido dos años desde la muerte del padre de Alfonso, y si se hubiera debido juzgar por la indiferencia de la viuda y de su hijo, se habría dicho que el cuerpo del viejo castellano estaba descansando desde un siglo por lo menos en la bóveda fúnebre de sus antepasados; pero su memoria, olvidada tan pronto por el heredero de su nombre, vivía todavía con una santa veneración en el corazón de su cariñosa hija.

Los dependientes de aquel castillo no podían menos de prestarle la mas viva y respetuosa admiración, cuando la veían devotamente arrodillada sobre la tumba del barón de Castellane, elevando al cielo sus fervientes súplicas por su alma.

Esta piedad filial era tanto mas recomendable, cuando que nunca había merecido la amable Rosa la menor caricia y la menor muestra de aprecio por parte de su padre.

Era totalmente opuesta la influencia que presidía á los destinos de su hermano; ya esto mismo se había manifestado desde el momento

en que nació Alfonso, pues que con tal motivo se dieron los mas espléndidos banquetes y las funciones mas brillantes, á las cuales asistió toda la nobleza de las cercanías, al paso que el nacimiento de Rosa quedó casi secreto, como si hubiera sido un motivo de bochorno para sus nobles padres; é igual parcialidad é injusticia hubo de sufrir la amable Rosa toda su vida. Alfonso era el objeto de la mas idólatra ternura, y Rosa yacía en el mas culpable abandono. Todos los señores del país parece que participaban de tan injustas prevenciones, ó por lo menos lo aparentaban así por complacer á los gefes de aquella familia. Se hubiera guardado bien cualquiera de declararse su caballero, y de atestiguarle la menor muestra de interés. No obstante, tenía esta jóven el alma mas hermosa, y ocultaba tesoros de amor y de bondad que encerraban el germen de la felicidad; su corazón era noble y puro como la sangre que corría por sus venas. Sin embargo de un desprecio tan injusto por parte de las personas mas ilustradas de la comarca, había escitado la amable Rosa las mas fuertes simpatías en el compasivo corazón de los siervos y vasallos de Castellane, á lo que contribuía no poco la circunstancia de ser tan desgraciada, y de hallarse tan oprimida como ellos. Así es que se había dedicado por entero esta bondadosa señorita á la defensa de sus derechos y al alivio de sus penas, habiéndose declarado abiertamente su protectora contra las crueles persecuciones de su hermano.

Entre los muchos individuos que libertó del suplicio con su generosa mediación, debe hacerse especial mención de un tal Juan Saliñac, que había sido acusado de haber proferido graves injurias contra el orgulloso barón. Agradecido á tamaño beneficio su hijo René, jóven de la mas brillante hermosura, había principiado por admirar las inclitas virtudes de la libertadora de su padre; y esta admiración y respeto se convirtió muy pronto en una verdadera pasión. Rosa penetró los ardientes sentimientos de aquel pobre siervo; pero no era creíble que pudiera corresponder á ellos, y aun en el caso de que no los hubiera mirado con desprecio, habría ocultado el amor en el fondo de su corazón, porque sabía que el día en que lo hubiera traslucido el orgulloso Alfonso, habría sido el último para el infeliz René.

Pasadas algunas semanas después de la ceremonia de los esponsales de Alfonso con la hermosa Ermengarda, se hallaban reunidas las dos familias en el gran salón de aquel castillo. Asomado Alfonso á una ventana al lado de su novia, la miraba con un amor mezclado de orgullo, y contemplaba silenciosamente con ella el cuadro imponente y pintoresco que se extendía á su vista, sin que les llamase la atención un grupo bastante numeroso de gentes que se agitaban á las puertas del castillo. La madre de Alfonso, rodeada por un círculo escogido de lindas señoritas, discutía gravemente el punto de saber cuál era el medio mas seguro para inspirar un amor perfecto. Rosa se hallaba sola en otra de las ventanas de la sala, dirigiendo azoradamente la vista hacia un montecillo poco distante, que estaba reservado para ajecutar en él las sentencias criminales. La triste escena que se iba preparando absorbió toda su atención. Había al rededor del instrumento del suplicio algunos hombres armados que trataban de contener á los aldeanos, cuyo sordo murmullo llegaba hasta la hija del barón. Se abrió muy pronto el tropel, y apareció el miserable que se conducía al cadalso. A su vista dió un grito la pobre Rosa.

—¿Qué es eso? preguntó la baronesa, volviéndose con aspereza á su hija.

—Un siervo insolente que se va á castigar, respondió Alfonso con un tono de cólera reconcentrada, y todos saben, añadió con desdenosa ironía, que mi noble hermana es muy compasiva con esta canalla.

El siervo insolente que se iba á castigar era el mismo René Saliñac, y la clase de su castigo la horca.

(Se concluirá.)

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8.